

De la oveja al calcetín: periplos de un vellón de lana.

(Publicado con modificaciones en la página de la Asociación Serranía de Guadalajara)

José M^a Alonso Gordo. Valverde de los Arroyos.



Nuestros antepasados, los pobladores primigenios de esta nuestra serranía, fueron, con toda probabilidad, originalmente pastores; esta tierra, abrupta y pedregosa, producía sobre todo pastos, arbolado y no mucho cereal; seguramente los rebaños han poblado durante siglos las laderas de nuestros montes y el pastoreo era una de sus ocupaciones más provechosas. Además de la carne y la leche, el rebaño de ovejas les proporcionaba la materia prima necesaria para poder abrigarse en los largos meses de invierno.

Cuando llegaba el mes de Junio, y antes de comenzar la recolección del poco cereal que daban nuestras añadas, los habitantes de nuestros pueblos tenían dos ocupaciones ineludibles: segar y recoger la hierba, y esquilarse las ovejas.

El esquileo

El esquileo solía realizarse en el mes de Junio antes de que comenzaran las tareas de la cosecha, y para quitar a las ovejas la lana que no necesitaban durante el estío. Se juntaban varias familias allegadas y era una de las grandes fechas señaladas en el pueblo: *Tres días hay en el año que relumbran más que el sol: la matanza, el esquileo y el día de la función.* Podía haber 6-8 esquiladores y esquilaban una oveja en unos 20-30 minutos con la tijera; ahora con máquinas eléctricas pueden tardar un minuto o menos.



Había ovejas merinas, de lana blanca y fina y ovejas churras, con la careta negra; en las dos razas podía haber ovejas blancas, más numerosas y ovejas negras, "cerretudas", de lana más basta, y larga, con muchas greñas de donde se sacaba el estambre. La lana blanca era más apreciada porque se podía teñir, o se blanqueaba con la greda, tierra arcillosa para limpiar; la negra se usaba para pantalones, uniformes y sotanas y al desapareciendo éstas, su utilidad descendió y el precio bajó mucho.



El esquileo se hacía en las casillas o, sobre todo, en el portal de la casa; tenían que trabar las ovejas de las patas para que no se movieran. Las tijeras eran

grandes, de hierro, hechas a veces en la propia fragua del pueblo, y bien afiladas, más grandes de lo normal. Cada esquilador tenía las suyas y las ponían una cinta o hiladillo donde se meten los dedos para que no les rozara mucho en la mano.

A primera hora tomaban una copa de anís y unos bollos; a media mañana almorzaban un plato de chorizos, lomos y torreznos; en algún momento podía haber unas migas, tradicionales o de pastor, con la leche de las cabras añadida una vez hechas las migas; a mediodía la comida podía ser unas patatas, judías o un arroz; continuaban por la tarde y si no acababan seguían al día siguiente. El baile con el laúd y las guitarras podía ser una buena manera de acabar el día, si la fuerza y las ganas daban para ello.



El esquila suele comenzar por la parte de atrás de la tripa y va haciendo cortes paralelos que incluso marcan un dibujo, como en concha, por el cuerpo del animal; a veces, los menos expertos podían pincharle un poco y llegar a sangrar algo. El vellón había que recogerlo ordenadamente, como envolviéndolo en sí mismo, y se ataba con la propia lana colgante para

que ocupara menos

Los vellones se tenían que lavar primero en un barreño con agua caliente, para que la lana suelte la mugre y después con una cesta se lava en la fuente, en un chorrete de la reguera o en el arroyo; luego se pone a secar en una pared de piedra o en una peña para que además blanquee y allí se tenía un par de días al sol; los vellones que no se utilizaban se metían en sacos grandes hasta que viniera el lanero a comprar la lana.



Pizcar y cardar

Una vez seca la lana se pasaba al pizado: con los dedos la lana se iba pellizcando (o escarmenando) para ahuecarla, quitando algunas impurezas y haciendo pequeñas



guedejas; estas guedejas se pasaban dos veces por las cardas; hay tres tipos de cardas según el grosor y longitud de las púas: de púas gordas y más separadas, para emborrar, de púas finas (cardas primas), para imprimir y los peines, de púas largas para sacar el estambre, lana larga de las ovejas negras.

Primero se dan varios pases por las cardas de emborrar

(mas separadas y gordas), y después se pasaban por las cardas de imprimir (más finas y apretadas); de vez en cuando se unta con un poco de aceite para que la lana esté menos áspera y corra bien; tras varias cardadas, la lana está hueca, con la fibra alineada, y se van dejando pequeñas guedejas que luego valdrán para el hilado.



Las cardas se pueden manejar con las dos manos, una con cada mano, o se coloca una fija sobre el “potro” (que es un taburete donde se ha fijado una de las cardas) y la otra se maneja con las manos, facilitando que se vaya cardando con la otra. A veces se pasaban todo el día en el potro, que casi era del tormento; para que no se moviera había que poner una piedra

gorda sobre las patas, o incluso la pierna de la cardadora sujetaba el potro mientras trabajaba.

Los peines, especie de cardas de pocas púas y muy largas, se usaban para sacar el estambre: lana más basta y larga, habitualmente negra, de las ovejas cerretudas; con ellos se sacaba hilos largos (se llama estambre) con el que se zurcen los calcetines, pantalones o mantas.

Hilar la lana

Con las guedejas de lana que salían de las cardas se hacía un pequeño ovillo plegado sobre sí mismo con el que se hacía el copo: la lana cardada y unida a lo largo, pero todavía hueca, sin torcer, se colocaba en la rueca, formando el copo, que luego se utilizaría para fabricar el hilo, bien en el huso o bien en el torno.



Había dos maneras de hilar: una era con la rueca a la cintura, y el copo en el extremo de aquella y el huso colgando; una vez enhebrada la primera parte de la lana hilada, en el huso, se iba torciendo y afinando con la mano, imprimiéndole un giro para que se fuera torciendo y formando el hilo; cuando el huso estaba ya llegando al suelo, y había hilo suficiente, se iba enrollando en el mismo, para hacer la husada.



La otra manera de hilar era con el torno: era éste un ingenio de madera, que se colocaba sobre un banco o sobre el poyo; tiene una rueda grande que mueve la hiladora con la mano haciéndola girar por la cigüeña; el cordón enrollado en la rueda hace dar vueltas al huso colocado en el otro extremo; a partir de la lana colocada

en el copo sobre la rueca, los giros del huso van torciendo la lana, que además se va afinando con las manos y una vez afinado se enrolla sobre el huso formando también la husada.

Ovillos y madejas



El proceso final consiste en trenzar dos hilos de dos husadas con el fin de hacer un hilo un poco más resistente, doble; se hace también con el torno. Una vez hecha una nueva husada, de hilo doble, con el aspa se hacían las madejas; estas madejas después se teñían sumergiéndolas en agua caliente en el caldero de hacer las morcillas, con el colorante seleccionado, si no se dejaba blanco; después, con la devanadera, se hacían los ovillos definitivos; su destino final era ya la pieza elaborada: con cinco agujas se podía hacer un calcetín o si el destino era el telar, una manta, unas alforjas o un tapabocas.

Los mantones que se quería que fueran impermeables, o los cobijones, en los que se resguardaban los pastores, había que impermeabilizarlos en el batán a base de mojarlos con agua caliente y fría y golpearlos con las mazas (se batanaban). Se conseguía un alto grado de impermeabilización, al tiempo que su peso exagerado daba también una sensación de alta protección del viento y la ventisca, tan intensos a veces en nuestra sierra.



Así el ciclo se cierra cuando el pastor valverdeño resguarda con el cobijón al pequeño cordero recién nacido de la madre a la que meses antes había esquilado para hacer sus mantas en el telar.

